

de la sangre y agua que corrieron del costado de Jesus, despues que habia espirado, siendo así que la sangre y los licores se coagulan en todos los cuerpos inmediatamente despues de la muerte; el cielo, vuelvo á decir, ha declarado por medio de una infinidad de prodigios, que Jesus crucificado era mas que hombre, esto es, que era Dios. Por lo que, el Centurion y los que de compañía con él guardaban el cuerpo de Jesus, al ver todas estas cosas, quedáron asombrados, y exclamaron: *Sí, era verdaderamente el Hijo de Dios.* (*Matt. 27.*)

N. 37. Nuestro inexorable Critico nos echa en cara, que Jesus, obligado de la sed, bebió con ansia la hiel y el vinagre, siendo así que todos los dias estamos viendo, que las gentes del pueblo la sufren con paciencia. Esto tiene sin duda un sentido místico; pero nos contentaremos con la respuesta ordinaria, que los Profetas lo habian así predicho. Christo dice en el Salmo 68: *Me han dado hiel por alimento, y por bebida vinagre.* Digannos los Judíos, qué significa este lenguaje en el Profeta; y hagannos ver alguno, en la historia, que haya tomado de esta suerte hiel y vinagre. Si responden, que este pasage se ha de entender del Christo, que ellos esperan, será bien que les repliquemos: ¿y por qué no se ha de entender del Christo que ha venido? Todos los que con buena fe reflexionen sobre esta profecía, anterior de muchos siglos á Jesus, y que

bre otras infinitas, no podrán dexar de confesar, que Jesus es el Christo, y el Hijo de Dios; anunciado por los Profetas.

N. 38. El Judío de Celso vuelve de nuevo á hablar con nosotros. «Vosotros, dice, ó fieles, nos acusais, porque no lo reconocemos por Dios, y porque no os concedemos que ha muerto por los hombres, para enseñarles á provocar los suplicios.»

Es verdad; nosotros acusamos á los Judíos, porque sin embargo de que han sido alimentados en la Ley y en los Profetas, que lo anuncian, y de que no pueden responder sólidamente á las pruebas que nosotros damos de que Jesus es el Christo; perseveran en su incredulidad, y pretenden fundarla en sus respuestas; siendo evidente, que Jesus no sufrió sino por la salvacion de los hombres; y que el objeto de su primera venida no ha sido juzgar á los hombres antes de iluminarlos, ni castigar al punto á los malos, ó dar la felicidad á los buenos; sino esparcir primero por toda la tierra su doctrina, de un modo maravilloso y verdaderamente divino, como los Profetas lo habian predicho. Acusamos tambien á los Judíos, porque quando Jesus manifestaba su poder supremo, lejos de creer en él, lo acusaron de que arrojaba de los cuerpos los Demonios en nombre de Beelzebúb, Príncipe de los Demonios. Los acusamos tambien, porque habiendose Jesus dignado recorrer, no solamente las

Ciudades, sino tambien las aldeas y lugarillos de la Judéa, con el fin de anunciar por todas partes el Reyno de Dios; ellos fuéron tan ingratos que lo pintáron como un vagabundo, que lleva una vida vergonzosa y despreciable. Pero ¿qué tiene de vergonzoso ó despreciable el sufrir, por enseñar preceptos saludables á los hombres?

N. 39. Es una falsedad enorme la que se atreve á proponer el Judío de Celso; conviene á saber, que *Jesus, por no haber podido, durante su vida, persuadir á nadie, ni á sus Discípulos, fue condenado á padecer el último suplicio.*

¿Cuál, pues, era el motivo de aquel mortal lencoho de los Escribas, de los Sacerdotes y de los Pontífices? No era otro sin duda, que el dón divino que Jesus tenia de persuadir á la muchedumbre, de llevarla tras sí á los desiertos por medio de discursos acomodados á la capacidad de todo el mundo, y sobre todo de llamar con sus milagros la admiracion de todos, aun de los que se obstinaban en no creer en él. ¿Qué es eso? nos dicen: ni siquiera pudo persuadir á sus Discípulos.

Es verdad, que estos eran todavía débiles entonces, y que el temor fue causa de que olvidáran su obligacion; pero no les hizo perder la opinion que de su Maestro tenían. Apenas Pedro lo negó, conoció la enormidad de su crimen, y salió para llorar amargamente. Los demás Discípulos quedaron consternados y abatidos con lo que habia sucedido á Jesus; mas no por eso dexáron

de admirarlo: y quando despues se les apareció, los fortificó de nuevo, y entonces con mas firmeza que nunca creyeron que Jesus era el Hijo de Dios.

N. 40. Celso está persuadido (y en esto no se echa de ver que sea Filósofo), que una doctrina pura, acompañada de costumbres irreprehensibles, no basta, para elevar á Jesus sobre los demás hombres; y que para esto era preciso, que desmintiendose Jesus á sí mismo, no hubiese muerto, no obstante que habia tomado un cuerpo mortal, ó por lo menos que no hubiese muerto de una muerte, que pudiera servir de modelo á los hombres, que de él aprenden á morir por la Religion, y á confesarla valerosamente. ¿Y ante quién, pregunto, la confiesan? Ante aquellos, que confunden la Religion con la irreligion, que tienen por impíos á los hombres mas piadosos, y reputan, por el contrario, por los mas religiosos á los ciegos idólatras, los quales á todo, excepto á Dios, le aplican la idea indeleble de la Divinidad, y entonces principalmente les dan mayores aplausos, quando los ven mas empeñados en exterminar á los Christianos; porque estos, impelidos de la evidencia de un solo Sér supremo, se consagran á él de todo corazon, y le ofrecen el sacrificio de su vida.

N. 41. Celso, oculto siempre baxo la máscara de Judío, acusa á Jesus, *de que no estuvo libre de todo mal.* Diganos por lo claro: ¿qué mal quie-

re dar á entender? ;Es el mal propiamente dicho? Porque si es esto, está en la obligacion de hacernos ver, que Jesus ha cometido alguna accion mala. Si por *mal* entiende la pobreza, la cruz, los lazos que le armáron los perversos, se sigue que tampoco Sócrates estuvo libre de todo mal. Además de qué ;quántos Filósofos Griegos, de su motivo, y por eleccion han abrazado la pobreza! Demócrito abandonó las tierras para pasto de las ovejas: Crátes, por rescatar su libertad, y complacer á los Tebanos, vendió su patrimonio, y les dió el precio: Diógenes fue tan desinteresado, que no tuvo por habitacion sino un tonel: ;y habrá con todo quien diga, que este fue un mal para Diógenes?

N. 42. Ya que Celso se obstina en sostener, que Jesus no fue irreprehensible; debia decirnos, si efectivamente alguno de los Discípulos de Jesus ha dado pie en sus escritos, para que se haga esta acusacion, ó finalmente, qué fundamento tiene para hacerla.

Jesus, haciendo bien á los que le seguian, nos ha persuadido la verdad de sus promesas. Nosotros, que hemos sido testigos del cumplimiento de sus profecías; que hemos visto que el Evangelio ha sido predicado en todo el mundo, y que sus Discípulos, que lo han anunciado á todas las Naciones, han sido llevados, por esta sola razon, ante los tronos y los tribunales, no podemos dexar de admirarlo; y cada dia nues-

tra fe en Jesus se fortifica mas y mas. No sé, qué pruebas mas claras ni mas sólidas puede apetecer Celso; pero él sin duda está resuelto á no admitir jamás, que Jesus ó el Verbo divino se hizo hombre; que sufrió, y que nos dexó grandes exemplos de constancia. Todo esto, le parece, que es el colmo de la miseria y de la ignominia; porque, segun su sistema, el dolor es el mayor mal, y el deleyte es el sumo bien: lo que no le concederá ninguno que reconozca la Providencia, y cuente la fortaleza, la paciencia y la grandeza de alma en el número de las virtudes. Los tormentos, pues, de Jesus no han debilitado de ningun modo la fe de sus Discípulos; antes bien la han asegurado en todos los hombres mas valerosos, á quienes Jesus ha enseñado, que la verdadera felicidad se ha de buscar en la vida futura; y que la vida presente, llena de tormentos y de aflicciones, es para el alma una guerra cruel y jamás interrumpida.

N. 43. y 44. Celso nos echa en cara sin fundamento, que no pudiendo Jesus persuadir á los hombres sobre la tierra, descendió á los Infernos, por si podia á lo menos persuadir á los que estaban allí detenidos. Todo lo contrario, el número infinito de personas á quienes Jesus habia persuadido, le acarreó el aborrecimiento y la envidia de los Judíos. El alma de Jesus, separada del cuerpo, descendió á la mansion de las almas fieles, que se hallaban en el mismo estado, con

el fin de convertirlos, y de cumplir por su parte con las funciones de Salvador (a).

No hay cosa mas insensata, que lo que Celso añade; conviene á saber, que *con igual fundamento que nosotros, se podria mirar como á hombres divinos á todos aquellos, que han sido condenados á muerte.* ¿No es una cosa evidente, que Jesus, que sufrió los tormentos que nuestras Escrituras refieren, no tiene asomos de semejanza con los miserables, que han sufrido la pena correspondiente á sus delitos?

A pesar de las invectivas y furores de Celso, es incontestable, que Jesus, que murió por la salvacion del mundo, despues de haber empleado toda su vida en apartar del crimen á los hombres, lo que ninguna persona de juicio dirá seguramente de los impostores y malhechores; es incontestable, vuelvo á decir, que Jesus no ha podido ser perseguido y condenado á muerte sin impiedad. Lo mismo debémos decir de sus Discípulos, que han provocado las ignominias, los suplicios y la muerte, para manifestar su piedad para con el Criador del mundo, y su adhesion

(a) No hay que decir mas acerca de esta singular opinion de Origenes. San Ireneo se explicó con la mayor exactitud sobre este punto, *lib. 4. y 5. de las Heregias.* «El Señor, dice, como el Pro-

«feta lo había predicho, se acordó de los Santos, que habían muerto antes de su venida. Su alma descendió á los lugares subterráneos, para sacar las almas de los que creían en él, y salvarlas.»

á la doctrina de su Maestro, de quien han aprendido estos sentimientos y esta heroica constancia.

N. 45. Pero; cuán frívola es la nota de Celso acerca de los Discípulos de Jesus! «Los Discípulos de Jesus, dice, que vivian con él, y lo escuchaban como á su Maestro, quando lo vieron expirar en medio de los tormentos, lejos de ofrecerse á la muerte con él y por él, negaron que era su Maestro. ¿Y vosotros, vosotros, digo, queréis morir con él?»

Se ve que Celso anda recogiendo con el mayor cuidado en nuestros libros, y que cree sin dificultad todo quanto le parece del caso para desacreditar nuestra doctrina. Aquí, en este lugar acusa á los Apóstoles, de ciertas faltas, que cometieron quando apenas estaban iniciados en el Christianismo; pero todo el bien, que despues hicieron, y el valor con que se portaron, la valentia de sus discursos á los Judíos, su constancia en padecer, y finalmente en morir por la fe de Jesus; todo esto no entra en cuenta, y sobre ello se guarda un profundo silencio.

No ha querido Celso entender la profecía de Jesus á Pedro (*Joan. 21.*): *Quando seas viejo, extenderás las manos, y lo demás.* Quería significar con esto, dice la Escritura, el género de muerte con que Pedro debía glorificar á Dios. Tampoco repara, que el Apóstol Santiago, hermano del Apóstol Juan, fue decapitado por orden de Herodes, á causa de la doctrina de Jesus; que *Pedro y los*

demás Apóstoles se retiraban llenos de regocijo por que habian sido dignos de padecer por el nombre de Jesus (Act. Ap. 5.), y que todos han dexado exemplos de valor y de heroísmo, superiores á todo lo que de los Filósofos Griegos nos refiere la historia. Por tanto, desde el principio se han visto muchos Christianos, que han puesto en práctica la sublime máxima, de que la vida presente, á que los hombres son tan adictos, merece solo desprecio; y que la vida futura, que es muy semejante á la del mismo Dios, es la única vida digna de nuestra ambicion.

N. 45. Miente además Celso, quando dice, que Jesus, en todo el tiempo de su vida, no consiguió atraer á sí, á diez hombres reos de toda especie de delitos, Nautonieros ó Publicanos.

Los mismos Judíos se ven precisados á confesar, que Jesus atrajo á sí, nó diez, ciento ó mil personas, sino exércitos de quatro y cinco mil; de manera, que solamente los desiertos eran capaces de albergar á los que lo seguian, y creían en Dios por Jesus: á los quales persuadia, no solo con sus discursos, sino tambien con sus acciones.

„Si Jesus, continúa Celso, no persuadió á nadie, durante su vida, ¿no es un absurdo decir, que despues de su muerte, sus Discípulos persuaden á tantas personas, como quieren?“ Para discurrir consiguientemente, debía decir: si los Discípulos, despues de la muerte de Jesus, per-

suaden á tantas personas, ¿qué número no persuadiría Jesus en el espacio de su vida, ya con sus discursos mas poderosos todavia que los de sus Discípulos, ya con sus acciones?

Celso, que no se cansa de repetir unas mismas objeciones, nos precisa á repetir incesantemente nuestras respuestas (a).

N. 48. Nos pregunta Celso, ¿por qué reconocemos á Jesus por Hijo de Dios? Y él mismo respondió por nosotros, que lo reconocemos por tal, porque curaba á los cojos y ciegos, y resucitaba á los muertos.

No hay duda, que por estas señas reconocemos á Jesus por el Christo, y verdadero Hijo de Dios; pues leemos en los Profetas: „entonces se abrirán los ojos de los ciegos, oirán los oídos de los sordos, y el cojo saltará como el ciervo.“ (Isai. 35.)

En quanto á los muertos resucitados por Jesus, es de pensar, que si esto fuera una impostura de los Evangelistas, los hubieran multiplicado mas y mas, y para causar mayor admiracion, hubiesen dicho, que habian estado mucho tiempo en los sepulcros. Los Evangelistas no hablan sino de tres muertos resucitados; la hija de un Xefe de la Sinagoga, el hijo único de una

(a) Por eso mismo com- nuestro Autor, como, por pendiamos, y aun supri- ejemplo, el número siguien- mimos tantos pasages de te.

viuda, que ya llevaban á enterrar, y Lázaro enterrado de quatro dias. Así como en tiempo del Profeta Eliseo habia muchos leprosos, aunque solo Naamán fue curado, y en tiempo de Elías, muchas viudas, aunque este Profeta no fue enviado mas que á la viuda de Sarepta; así Jesus, entre los muertos de su tiempo, escogió los que quiso resucitar, y de quienes se sirvió para persuadir la verdad de su doctrina.

Yo no temo decir, que los Discípulos de Jesus, segun la promesa de su Maestro (*Joan. 14.*), han obrado mayores prodigios que los milagros sensibles de Jesus. Todos los dias vemos, que se abren los ojos de los ciegos espirituales; todos los dias vemos, que los que habian estado sordos á la voz de los Apóstoles de la virtud, escuchan con ánsia lo que se les dice acerca de Dios, y de la felicidad con que recompensa. Los cojos en las vias de Dios, vemos que corren ahora, y pisan las serpientes y los escorpiones, esto es, los Demonios, sin que los artificios y rabia de estos puedan ofenderles. (*Luc. 10.*)

N. 49. Jesus advirtió á sus Discípulos, que se precabiéran contra los que quisiesen seducirlos por medio de prestigios y de falsos milagros, y persuadirles, que son el Christo de Dios. »Si alguno os dice: Christo está aquí ó allá, no creáis nada: porque saldrán falsos Christos y falsos Profetas, que obrarán prodigios tan extraordinarios, que hasta los elegidos, si fuera posible, se en-

»gañarian.... Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos arrojado los Demonios, y obrado otros milagros en vuestro nombre? Yo les responderé: apartaos de mí, porque sois obreros de iniquidad.“ (*Mat. 7. y 24.*)

Celso, que no encuentra diferencia alguna entre los milagros de Jesus, y los prestigios de los impostores, exclama en este lugar: »¡O luz! ¡ó verdad! El mismo Jesus nos asegura con las palabras mas claras, como nos lo dicen vuestros libros, que los malos, los impostores, y aun Satanás, obrarán los mismos prodigios que él. Luego no son obras de la Divinidad, puesto que son obras de malos y de impostores. Jesus vencido de la fuerza de la verdad, se ha manifestado á sí mismo, quitando la máscara á sus semejantes.“

Vease hasta donde puede llegar la mala fe de Celso, que da un sentido enteramente contrario á las palabras de Jesus. Si nos hubiera dicho únicamente, que desconfiasemos de los hacedores de prodigios, quizá la objecion de Celso podría tener algun fundamento; pero es el caso, que Jesus quiere que nos precabamos contra los que anuncian al Christo, ó que pretenden venderse por el Christo. Añade tambien, que habrá personas de perversas costumbres, que obrarán milagros en su nombre: lo qual es muy distinto de los prestigios y de las obras mágicas, y da la idea mas alta del poder divino de Jesus; puesto

que la virtud de su nombre es tal, que hace por sí sola, que los malos obren prodigios semejantes á los de Jesus y de sus Discípulos.

N. 50. y 51. Pablo, en la segunda Epístola á los Tesalonicenses, encarga tambien la precaucion contra el Ante-Christo, á quien el Señor, dice, *exterminará, quando venga, pero antes habrá ya seducido y arrastrado á la iniquidad á los que perecerán.* Pero en ninguna parte se dice, como Celso afirma, que habrá perversos y seductores, que obrarán los mismos milagros que Jesus. El poder de los encantadores de Egipto no tenia semejanza alguna con el poder divino de Moysés; y el acontecimiento hizo ver claramente, que los prodigios de los primeros no eran efectivamente sino prestigios; pero que Moysés era depositario del poder de Dios, para obrar verdaderos milagros. El efecto de los pretendidos milagros del Ante-Christo no es otro que la seducción y la iniquidad: mas el fruto de los milagros de Jesu-Christo, y de sus Discípulos es la conversion y la salvación. ¿Quién podrá sospechar de impostura á unos milagros de esta especie, ni confundirlos con los prestigios?

Dixo bien Celso, que Jesus había predicho, que Satanás obraría prodigios; pero no tuvo razon para concluir, que los milagros nada tenían de divino, y que eran obra de los malos y de los seductores: lo qual es confundir cosas enteramente opuestas. Si hay genios malos ó Demo-

nios que hacen cosas admirables; mucho mejor habrá un Poder benéfico y supremo, que obre verdaderos milagros: y al cabo, donde hay mal baxo la apariencia de bien, es preciso que exista el bien real y efectivo. Si se niega el bien, por consecuencia necesaria se ha de negar tambien el mal; pero si el mal se admite, no hay arbitrio para dexar de admitir el bien. Pretender que hay prestigios engañosos, sin que haya milagros producidos por una naturaleza divina, sería sostener que hay sofismas que tienen apariencia de verdad, y que sin embargo no hay verdad, ni ciencia ó arte para discernir los discursos verdaderos y los falsos. Pues si nosotros no podemos reconocer prestigios, ni operaciones de los Demonios y de la magia, sino reconocemos tambien al mismo tiempo una naturaleza divina, capaz de obrar milagros; ¿por qué no hemos de exáminar las costumbres y la doctrina de los que se venden por Taumaturgos, y las consecuencias de sus prodigios, para hacer el justo discernimiento?

Desnudemonos de toda preocupacion acerca de los prodigios; y ni los despreciemos todos como ilusiones, ni los admiremos todos como obras de la Divinidad.

Exáminemos primero, con qué designio se han hecho; si han sido perjudiciales á los hombres, ó si por el contrario los han encaminado á la virtud, y les han persuadido el culto del verda-

dero Dios. ¿No es cosa manifiesta, que los milagros de Moysés y de Jesus, que han servido de fundamento á dos grandes sociedades, no pueden provenir sino del cielo? Es indubitable, que ni la mágia, ni la impostura pueden haber dado nacimiento á una Religion, que abate los ídolos, que el resto de los hombres adoraba, y se eleva hasta el Sér eterno y principio de todas las cosas.

N. 52. 53. 54. y 55. Como Celso hace hablar aquí á un Judío contra los Christianos, Orígenes, en los quatro números siguientes, no hace sino retorcer contra Moysés las mismas objeciones del Judío contra Jesus (a). Finalmente

(a) No traducirémos los discursos de Orígenes, por buenos que sean, supuesto que nada resulta de ellos, ni en pró ni en contra de la Religion Christiana. Nada puede resultar en pró, porque combatiendo la Religion promulgada por Moysés, se combate la Religion Christiana, que es la verdad y la perfeccion de las figuras y de los elementos de la primera. Nada por fortuna puede tampoco resultar en contra, porque á todas las dificultades se dan respues-

tas concluyentes. Además de que creemos, que no es del caso hacer pelear á dos Religiones divinas, que esencialmente no forman sino una, y que lejos de combatirse, se ilustran y se prueban la una á la otra. Por otra parte, nosotros tenemos bastantes argumentos peremptorios contra los Judíos, de donde concluimos evidentemente, que su ley ha debido cesar con la venida del Mesías, para ser reemplazada por la ley de este, que aquella anunciaba, y para la

concluye: Quando hubiereis recogido en favor de Moysés las respuestas mas sólidas y convincentes; os probaremos entonces, que no solamente se pueden aplicar las mismas á Jesus, sino tambien que es facil hacer ver con los mismos argumentos, que hay en Jesus algo mas de divino, que no en Moysés.

N. 56. En quanto á la resurreccion de Jesus, ni se puede sospechar, que fuese artificio, ni comparar tampoco con lo que se nos cuenta de un Protesilao, de un Orfeo, de un Hércules, y de un Teséo, tan célebres por su descenso á los Infernos, y su vuelta á la tierra. Porque estos tales, para acreditar semejantes fábulas, no necesitaban sino apartarse mañosamente de la vista de sus compatriotas, y volver á parecer repentinamente, quando ya se hubiera esparcido por todas partes el rumor de su muerte. Mas ¿cómo era posible, que Jesus se valiese de esta estratagemas, siendo cierto, que fue puesto en una cruz delante de todo un pueblo, y que su cuerpo ya sin vida fue igualmente descolgado á vista de todo el mundo? Esta es, á lo que yo creo, una de las razones de la publicidad de la muerte de Jesus: porque debía ser el primer fundamento de la fe

qual preparaba. El hecho de la abolicion de esta ley es todavia mas palpable. Los Judíos mismos esparcidos sobre la haz de la tierra, nos presentan en sus libros pruebas nada sospechosas de su ceguedad, y la causa de su reprobacion.

de su resurreccion. Nó, no hay que temer, que nos objeten, que Jesus se ocultó lleno de vida, y que desapareció por algun tiempo, y que manifestandose despues repentinamente habia persuadido, que habia resucitado.

Además de esto, el hecho solo de haberse sus Discípulos declarado con tanto valor en favor de una doctrina, que no se podia abrazar, sino con riesgo de la vida, parece, que es la prueba mas convincente de la resurreccion de Jesus. Porque si los Discípulos la hubieran inventado, ¿cómo era posible que la hubieran predicado con bastante fuerza y zelo, para inspirar á los demás el desprecio de la muerte? Y en tal caso, ¿hubieran ellos mismos tenido constancia para sellar su predicacion con su propia sangre?

N. 57. y 58. Por cierto que le está bien al Ju-
dío de Celso negar la posibilidad de la resurreccion, de que hay tantos exemplos en sus libros. Pero la resurreccion de Jesus es mas auténtica, mas admirable, y mas venerable, que ninguna otra, así porque habia sido predicha con todas sus circunstancias, como porque tiene por autor al Padre mismo de Jesus, que está en el cielo; y por el fruto que el género humano ha sacado de ella.

Origenes se toma aquí nuevamente el trabajo de responder á unas objeciones, que han sido ya refutadas mas arriba, pero que Celso repite, como es costumbre suya. Nos ha parecido excu-

sar á nuestros lectores la molestia de todas estas repeticiones.

N. 59. 60. y 61. Dice el Evangelio, que Maria Magdalena, y otras personas viéron á Jesus resucitado con las señales de su suplicio. Pero Celso pretende, que la preocupacion les hizo ver todo eso, porque quando la imaginacion se halla herida de algún objeto, por lo comun nos lo representa como si realmente estuviera delante de nuestros ojos. Que esto suceda en sueños, nada tiene de extraordinario; pero ¿quando estamos despiertos? Solamente un loco, ó un hipocondríaco puede tener semejantes visiones. Celso, pues, trata de fanática á la Magdalena, sin que para semejantes calumnias encuentre fundamento alguno en la Escritura; y cree, que Jesus se apareció despues de su muerte con cicatrices de heridas, que no habia recibido.

El Evangelio, cuya autoridad unas veces admite, y otras reprueba Celso, segun su fantasia, el Evangelio, digo, nos enseña, que entre los Discípulos de Jesus habia un incrédulo que decia á voz en grito, no solamente »yo no creeré hasta que vea« sino »yo no creeré sino es poniendo la mano en donde estuviéron los clavos, y tocando su costado.« Por tanto le dixo Jesus: »Tomás, pón aquí el dedo, mira mis manos, pón la tuya en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.« (Joan. 20.)

N. 62. Convenia sin duda, que los oráculos